



¡Qué buen amigo hacéis, Señor mío!

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Vamos a meditar sobre Jesucristo. Este debería de ser el tema que más nos gustase, el tema del que más hablásemos, el tema del que más supiésemos. Y, tristemente, no siempre es así. La consecuencia de la Encarnación «*que acampó entre nosotros*», nos debe hacer pensar, que como cristianos, Jesús es el «*Emmanuel = Dios con nosotros*». El Papa Benedicto XVI decía: «*Es importante aquello en lo que creemos, pero más importante aún es Aquel en quien creemos*»¹. Para San Juan de la Cruz. «*Aquel que yo más quiero*» (Cántico Espiritual 2). Aunque a veces le hayamos sido infieles, aunque a veces estemos un poco fríos con Él, ... muchos ya no podríamos vivir sin Él.

El tema de Jesucristo aparece ya en el apellido que ha elegido para siempre en su nombre Teresa; no quiere seguirse llamando de otra forma, sino “de Jesús”. Con este detalle, podemos decir que ya está dicho todo sobre el significado que tiene el Señor en su vida y escritos. [...] La Santa trata al Señor con cercanía, con intimidad, se tratan de tú a tú, se hablan con un mismo lenguaje, se preocupan por unos mismos intereses. Teniendo a Jesucristo lo tenía todo. «*¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío!*» (Vida 8,6). Es el mejor remedio para nuestra conversión; si de Él nos viene todo lo bueno, no debemos dejar de pedir su presencia, y de una manera especial, en ejercicios.

«No quiera otro camino..., por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes» (Vida 22,7).

Santa Teresa desentraña lo que supone el amor que Dios nos tiene: «a todos ama». Y explica la impresión fuerte que produce en el hombre el sentir esta verdad: «entender los secretos y grandeza tuyas». Esta sensación es muy superior a todos «los deleites de la vida», que en su comparación son «basura», siendo así que del amor de Dios sólo participamos mínimamente, «una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado»:

«Un alma enamorada de Dios, no es sólo deseos los que tiene por Dios; Él la da fuerzas para que los realice. No se le pone cosa delante, en que piense le sirve, a que no se abalance, y no hace nada, porque como digo ve claro que no es todo nada, sino contentar a Dios» (Vida 21,5).

San Luis M^a Grignon lo expresa muy claro: «*El que conoce a Nuestro Señor Jesucristo, lo sabe todo, aunque no sepa nada más. El que no conoce a Nuestro Señor Jesucristo, aunque supiera todo lo demás, no sabe nada*»².

[...] lo que deseaba la Santa, es válido para todos, sacerdotes, religiosos, fieles laicos. Es lo que hemos venido a buscar en Ejercicios.

¹ BENEDICTO XVI, Cracovia-Blonia, domingo 28 de mayo de 2006.

² SAN LUIS MARIA GRIGNON, El amor a la sabiduría eterna, cap. 1,11.



«Yo deseo servir a este Señor. No pretendo otra cosa sino contentarle. No quiero contento ni descanso ni otro bien sino hacer su voluntad» (Vida 25,29).

[...] Nos queremos acercar un poco más al Señor, conocerlo un poco mejor, deseando lo que dice San Ignacio (E.E. nº 104): «*conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*». Queremos pensar un poco más en Él para quererlo imitar como aconseja San Pablo: «*Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*» (1 Cor 11,1). Se saca un gran provecho de ello, según nos dice la Santa.

«Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es, cuando piensa en Él o en su vida y Pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daría mayor haber visto a una persona que nos hace mucho bien que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria» (6Moradas 9,14).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!